

ción de los viejos tiempos. Primero tarareó un
radio, luego llegaron dos versos de la letra:

Me quiere por yerno el emperador,

pero está tan lejos que no pienso ir.

La lejanía, no le apetecía ir a ser
yerno del emperador. Al ver al anciano
so, se le ocurrió mirar una carcaja que el
buey le había dado, el anciano se echó a reír:

— ¡Jiazhe, no apruebas! — gasear!
¡Jiazhe, estás bien! — tampoco lo
haces mal.

— ¿Cómo es que tienes tantos
nombres? — hasta el borde del
campo.

— ¿Cuántos años tiene este buey? — pregunté al
anciano, que se echó a reír.

Se detuvo un momento, y me examinó de
arriba abajo.

— Er... — preguntó.

— Sí... — dijo.

— ¿Cuántos años tiene este buey?

— dijo el anciano, ufano.

— ¿Cuántos años tiene este buey?

— dijo el anciano, ufano.

— dijo el anciano, ufano.

— dijo el anciano, ufano.

— dijo el anciano, ufano.

— dijo el anciano, ufano.

— dijo el anciano, ufano.

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

¡Baja la cabeza!

* * *

Hace más de cuarenta años, mi padre iba y venía
por aquí a sus anchas, con su túnica de seda negra y las
manos siempre a la espalda.

— Voy a dar una vuelta por mis tierras — le decía a
mi madre al salir de casa.

Cuando mi padre andaba por su finca, los aparce-
ros que estaban trabajando, nada más verlo, sujetaban
con las dos manos el azadón para saludarlo con todo
respeto.

— Amo...

Cuando iba a la ciudad, la gente lo llamaba «señor».
Mi padre era un hombre de alta categoría, pero a la
hora de cagar era igual que los pobres. No le gustaba ca-
gar en la habitación, en el bacín de al lado de la cama,
prefería hacerlo en el campo raso, como el ganado. Cada
día, al atardecer, salía de casa, echando eructos que so-
naban como cuando croan las ranas, y se iba despacio,

despacio, hacia las tinajas de estiércol que había en la entrada del pueblo.

Cuando llegaba a las tinajas, como le daba asco la suciedad de los bordes, se encaramaba encima de una y se ponía en cuclillas. Mi padre era mayor, y a la mierda, que envejecía con él, le costaba salir; así que nosotros, desde casa, oíamos los gritos de dolor que pegaba allá en la entrada del pueblo.

Mi padre llevaba varias décadas cagando así, y a los sesenta y tantos todavía era capaz de encaramarse a la tinaja del estiércol y quedarse allí en cuclillas un buen rato. Tenía las piernas tan fuertes como las garras de los pájaros. Le gustaba mirar cómo el cielo se iba oscureciendo poco a poco, hasta cubrir por completo sus campos. Cuando mi hija Fengxia tenía tres o cuatro años, iba mucho a la entrada del pueblo a ver cagar a su abuelo. Mi padre, a fin de cuentas, era mayor, y de tanto quedarse en cuclillas encima de la tinaja le temblaban un poco las piernas.

—Abuelo, ¿por qué te mueves así? —le preguntaba Fengxia.

—Es el viento —le decía él.

En aquellos tiempos, la situación económica de nuestra familia todavía no era mala. Los Xu teníamos más de cien *mu*¹ de tierra: todo lo que ves de aquí hasta las chimeneas de esa fábrica era nuestro. Mi padre y yo éramos el señorón y el señorito, conocidos en todas partes. Cuando íbamos andando, nuestros zapatos de suela herrada sonaban como monedas entrechocándose. Mi mujer, Jiazhen, era hija del tratante de arroces de

1. El *mu* equivale a 0,0667 hectáreas.

la ciudad. Ella también era de familia rica. Cuando una mujer rica se casa con un hombre rico, se juntan dos fortunas, y el dinero —*cataclín, cataclín*— corre que da gusto. Hace ya cuarenta años que no oigo ese sonido.

Yo era el inútil de la familia Xu. Por decirlo como mi padre, era un bastardo.

Estudié unos años en la escuela privada. Lo que más me gustaba era cuando el maestro, con su túnica larga, me mandaba leer en voz alta. Entonces yo me levantaba, con el *Texto de los mil caracteres*¹ en la mano, encuadrado a la antigua, y decía al maestro:

—Escúchame bien, chaval, que tu padre te va a leer un trozo.

Y mi maestro, que tenía más de sesenta años, le decía a mi padre:

—No cabe duda de que el joven amo tiene todas las papeletas para, de mayor, ser un mangante de tomo y lomo.

Desde pequeño no tuve remedio, eso lo decía mi padre. El maestro de casa decía que yo era como la madera podrida, imposible de tallar. Ahora, cuando lo pienso, veo que tenían razón, pero al principio no me lo parecía. Pensaba que yo era rico, que era la única vara de incienso de la familia Xu, su único descendiente, y que, si me apagaba, el linaje de los Xu quedaría sin posteridad.

Yo nunca iba a la escuela a pie, me llevaba a cuestas uno de los peones de mi casa. Y, cuando salía de clase, él ya estaba allí, respetuosamente agachado y en cucli-

1. *Qian zi wen*, antiguo manual de instrucción básica para niños compuesto de mil caracteres diferentes por Zhou Xingsi en el siglo VI, revisado y aumentado varias veces hasta la actualidad.

llas. Entonces yo me subía a su espalda y le daba unas palmadas en la cabeza.

—¡Changgen, a correr! —le decía.

Y el peón Changgen echaba a correr. Yo iba tambaleándome como un gorrión en la punta de una rama.

—¡Vuela! —le ordenaba.

Y Changgen se ponía a dar saltos, para dar la impresión de que volaba.

Ya de adulto, me gustaba ir de picos pardos a la ciudad. A menudo me pasaba diez o quince días sin volver a casa. Iba vestido de seda blanca, con el pelo pringoso de brillantina, liso y reluciente. Cuando me ponía delante del espejo y me veía así, con la cabeza toda barnizada de negro, me parecía que tenía la pinta de un ricachón.

Me gustaba andar metido en burdeles y oír a esas mujerzuelas que se pasaban la noche de cháchara y risitas. Escucharlas daba tanto gusto como cuando te rascas donde te pica. El hombre, una vez que es capaz de pasarse el día de putas, ya no puede evitar darse al juego. Ir de putas y apostar son tan inseparables como el brazo y el hombro. Con el tiempo fui prefiriendo el juego, y lo de ir de putas ya sólo lo hacía para relajarme un poco, igual que cuando bebes mucha agua y tienes que aliviarte o, hablando en plata, tienes que mear. En cambio, el juego era completamente diferente. Me divertía y, al mismo tiempo, me ponía muy tenso. Pero sobre todo era esa tensión lo que me daba un bienestar indescriptible.

Antes me pasaba la vida rascándome la barriga, todo el día apático. Por las mañanas, al despertarme, mi única preocupación era cómo iba a matar el tiempo ese día. Mi padre no paraba de quejarse y me regañaba por no haber honrado a los antepasados. Yo pensaba que honrar a los antepasados tampoco era algo que sólo pu-

diera hacer yo, y decía para mis adentros: «¿A santo de qué no voy a poder yo disfrutar de la vida por pensar en latazos como honrar a los antepasados?» Además, mi padre, de joven, era igual que yo. Los ancestros de mi familia tenían más de doscientos *mu* de tierra. Cuando llegaron a sus manos, empezó a tirar la casa por la ventana, y enseguida los doscientos se quedaron en cien.

—Tú tranquilo, hombre, que ya honrará mi hijo a los antepasados —le dije un día.

Siempre hay que dejar algo bueno a la siguiente generación, ¿no? Al oírlo, mi madre se echó a reír y me contó en secreto que mi padre, de joven, había dicho exactamente lo mismo a mi abuelo. Así que yo pensé: «¡Claro, ahí está! Se empeña en que haga yo lo que él fue incapaz de hacer, ¿cómo voy a aceptarlo?»

En esa época, mi hijo Youqing aún no había nacido, y mi hija Fengxia acababa de cumplir cuatro años. Jiazhen estaba embarazada, de seis meses y, como es natural, estaba más bien feúcha. Andaba como si fuera sujetando un panecillo con la entrepierna, con los pies hacia fuera en lugar de hacia delante, y yo le tomé manía.

—¡Tú, desde luego, basta que te sople el viento para que te pongas hecha una bola! —le decía.

Jiazhen nunca me llevaba la contraria. Al oír esas palabras tan denigrantes, hacía de tripas corazón y se limitaba a contestar con dulzura:

—Pues el viento no fue.

A partir de cuando me puse a jugar, en cambio, sí que quise de verdad honrar a los antepasados recuperando ese centenar de *mu* que mi padre había perdido. Un día de esos, mi padre me preguntó qué demonios hacía yo vagueando en la ciudad.

—Ya no hago el vago, me dedico a los negocios —le dije.

—¿Qué negocios?

Al oír mi respuesta, se puso hecho un basilisco. De joven, él también había contestado lo mismo a mi abuelo, y sabía que yo jugaba. Se quitó uno de sus zapatos de tela y se puso a pegarme. Yo iba apartándome y esquivándolo, creyendo que serían unos cuantos golpes y ya está. Pero ese padre mío, que no tenía fuerzas más que para toser, cuanto más pegaba más se ensañaba. Además, ¡ni que yo fuera una mosca, para que anduviera él arreándome zapatazos!

—¡Padre, para de una puñetera vez! —le dije agarrándole la mano—. ¡Di tú que te lo consiento porque me trajiste al mundo, que si no...! ¡Que pares de una puñetera vez!

Lo tenía agarrado por la derecha, pero él se quitó el otro zapato con la izquierda, con intención de seguir pegándome. Le agarré también la izquierda, así ya no podía hacer nada. Estuvo un buen rato temblando de rabia antes de gritarme:

—¡Bastardo!

—¡Vete a la mierda!

Lo empujé con las dos manos, y él dio un traspié y cayó de culo en un rincón.

De joven, lo que es comer, beber, ir de putas, jugar, todo lo que hace un sinvergüenza, lo hice. El burdel adonde iba más a menudo tenía un nombre simple: La Casa Verde.¹ Había allí una puta regordeta que me gus-

1. Es un nombre que, en chino, se asocia fácilmente a los prostíbulos.

taba mucho. Cuando andaba, sus nalgas parecían los dos faroles que se balanceaban colgados a la entrada. Cuando estaba en la cama dale que te pego, yo, que estaba encima de ella, tenía la impresión de estar tumbado en un barco que fuera meciéndose, meciéndose, en las aguas de un río. Muchas veces le pedía que me llevara a cuestras de paseo, y así íbamos por la calle, yo montado encima de ella como a lomos de un corcel.

Mi suegro, el señor Chen, tratante de arroces, estaba detrás del mostrador de su tienda, con su túnica de seda negra. Cada vez que pasábamos por delante, yo frenaba a la puta tirándole del pelo, me quitaba el sombrero y le presentaba mis respetos a mi suegro.

—¿Qué tal se encuentra últimamente?

A mi suegro se le quedaba cara de huevo de mil años,¹ y yo seguía mi camino muerto de risa. Más tarde, mi padre me contó que varias veces mi suegro había enfermado del coraje que yo le provocaba.

—¡Venga ya! Si tú, que eres mi padre, nunca te has cabreado como para caer enfermo, ¿por qué demonios voy a tener yo la culpa cada vez que a él le da un patatús?

Mi suegro me temía, y yo lo sabía. Cuando pasaba por delante de la tienda montado en la puta, él, veloz como una rata, se escabullía en la trastienda. No se atrevía a recibirme. Pero un yerno, cuando pasa por delante de la tienda de su suegro, alguna muestra de cortesía

1. Huevo conservado en una mezcla de cal, arcilla, sal y paja de arroz. Una vez pelado y limpio, es un manjar muy apreciado, pero su aspecto entre gelatinoso y viscoso y su color entre pardo y verde oscuro no resultan muy atractivos.